

nuar al día siguiente la navegacion, lo que verificaron en efecto doblando la punta de Cotoche y la parte oriental del Yucatan.

Las embarcaciones llegaron al lugar de Champoton, en donde tenia necesidad de desembarcar Hernan Cortés, para castigar à los indios que habian mostrado resistencia á Fernandez de Córdoba y á Juan de Grijalva.

Algunos de los soldados que habian acompañado á estos capitanes, excitaban en Hernan Cortés el deseo de cumplir aquel deber, de vengar las ofensas inferidas á los españoles anteriormente, y todo reunido fué causa para decidir al caudillo á desembarcar.

Pero los pilotos de los buques, instigados por el piloto mayor, se opusieron al desembarco, fundándose en que el viento era favorable para continuar el viaje y contrario para llegar á tierra.

Estas razones debian pesar más en el ánimo del político que el deseo de venganza, y ofreciendo á los que le incitaban que no olvidaria su deber, y animándoles por otra parte con la perspectiva del oro que en la provincia de Tabasco habian hallado los primeros explotadores de aquella parte del país que iban á conquistar, continuó la escuádra el viaje, llegando hasta la entrada del rio que habia tomado el nombre de Grijalva.

Durante el trayecto, celebró Hernan Cortés una conferencia con Aguilar.

En ella dió el cautivo al bizarro capitan una idea detallada de lo que era el imperio adonde se disponia á conducir sus huestes.

## CAPITULO XVIII.

### Ante el peligro.



A sinceridad con que hablaba Aguilar despertó muy pronto hácia él en Hernan Cortés una viva simpatía. No era el cautivo hombre capaz de comprender en toda su extension las altas miras del caudillo, que tanto se exponia para conquistar en nombre de los reyes de España aquellos desconocidos dominios.

Pero los hombres de verdadero génio tienen el privilegio de admirar aun á aquellos que no les comprenden, y de aquí el prestigio que alcanzan sobre las masas en breve tiempo.

—Confieso ingénuamente, dijo Cortés á Jerónimo de Aguilar, que me ha sorprendido vuestro encuentro. No podia figurarme que ántes que Fernandez de Córdoba y Juan de Grijalva hubieran penetrado en estos países otros españoles. Me asombra más, que habiendo llegado Cristóbal hasta el estrecho de Darien, y habiéndose llevado á cabo expediciones por otros capitanes, sólo la casualidad os haya á vos hecho conocer las costumbres de los indios de estas comarcas.

—Ved lo que son las cosas, contestó Aguilar. Yo he creido al oír el mensaje de los indios para obtener la libertad, que habiéndose tenido noticia de la pérdida de nuestro buque en la Española, os enviaba su gobernador para ver si encontrabais á algunos de los que iban á bordo del navío.

—¿Segun eso, ignorais que los españoles han conquistado otra isla, á la que han dado el nombre de Cuba?

—Colon la costeó; pero ignoraba que estuviese en poder de nuestro soberano.

Esta absoluta ignorancia de lo que pasaba exigía una explicación.

Cortés se la dió.

—No es de ahora, le dijo, el proyecto de la expedición que estoy llevando á cabo. Antes que yo han venido hasta estos sitios dos bizarros guerreros: pero los indios que habitan este territorio que empezamos á costear, son más feroces que los de la Española y los de Cuba, más feroces aún que los de Boriquen, porque han podido contrarestar el empuje de las armas españolas.

—No sabéis lo que son.

—Desde luego he contado con su bravura, y estoy resuelto á conquistar su territorio como hemos conquistado otros en medio de las soledades del Océano.

Algunos españoles quedaron prisioneros en poder de los indios años atrás.

Mi primer deseo era buscarlos.

Doy gracias al cielo de todos modos de haberos encontrado, porque habiendo vivido tantos años en medio de esta gente, conoceréis sin duda alguna sus costumbres, los elementos con que cuentan para contrarestar nuestra dominación.

—¡Ah! Sí, exclamó Aguilar. Y cuando pienso en lo que valen, lo que son, por más que reconozca la superioridad de mis hermanos sobre ellos, no puedo menos de prever la catástrofe.

—Explicaos, dijo Cortés.

Aguilar se dispuso á referir cuanto sabía.

—Yo no he salido del Yucatan, pero sé que más lejos hay poblaciones numerosas con formidables ejércitos; sé que hay un poderoso monarca, del que son tributarios otros muchos, sobre los que ejerce un imperio despótico; sé que no se parecen en nada, no ya esos indios á quienes no he visto, de quienes sólo

he oído hablar, á los que hallamos en la Española, sumisos, afectuosos, débiles, complacientes; sé que son todos valientes, arrojados, que desprecian la vida, porque los mismos habitantes del Yucatan, que solo tienen comparación con los caribes de que hemos oído hablar á los soldados que acompañaron á Alonso de Ojeda, se estremecen al oír hablar de ellos, y acatan las órdenes que emanan de ese gran imperio con verdadera mansedumbre.

—Y ese imperio, ¿está lejos? le interrogó Hernan Cortés.

—A juzgar por las noticias que me han dado, está á mucha distancia de la provincia en donde vamos á entrar, que se llama Tabasco.

Ya en ella, empezarán á descubrirse elementos de vida mucho más grandes que los de la isla Española.

Los caciques tienen ejércitos numerosos, disciplinados; habitan en casas fabricadas con piedra y troncos de árboles, y su religión es más perfecta que la de los vasallos de Guacanajari y de Caonabo; pagan tributos á sus jefes, y tienen una organización parecida, aunque más imperfecta, á la de las naciones europeas.

El amor á la independencia es en ellos un culto, una religión.

—¿No habeis oído nunca el nombre del monarca poderoso que extiende sus dominios por todo ese inmenso territorio que empezamos á costear? preguntó Hernan Cortés.

—Le he oído nombrar muchas veces: se llama Moctezuma.

—Pues bien, dijo Cortés en un arranque de entusiasmo; por grande que sea su poderío, por innumerables que sean los soldados que le defienden, estoy seguro de que le venceremos.

—Quiera Dios que vuestras esperanzas se realicen; pero creedme: presiento una catástrofe, dijo Aguilar.

—¿Dudais del valor de vuestros hermanos? le preguntó Cortés.

—No; pero cada uno de ellos hallará cien enemigos delante,

y no basta ni la fuerza ni la astucia de un hombre contra el odio de ciento.

—Razon de más para que os consagreis á ayudarme.

La Providencia os ha traído á mi lado, y es preciso acatar sus designios.

Yo no tengo más que un intérprete para poder entenderme con los habitantes de este país.

Si pudiera llegar hasta el palacio de ese soberano sin derramar una gota de sangre, realizaria mi bello ideal.

Para llevar á cabo este designio, vuestra ayuda es preciosa; pero si fuera necesario luchar, seria más preciosa aún.

Sacrificaos, pues, por la santa causa que venimos á defender, y si, como yo espero, Dios nos libra de la catástrofe que presentís, y podemos volver victoriosos, os ofrezco resarciros con creces del sacrificio que haceis ahora por mí.

Por más que fuese grande el ánimo de Hernan Cortés, los temores formulados por Jerónimo de Aguilar eran bastantes para hacerle pensar seriamente respecto de la actitud de los habitantes con quienes iba á entrar en negociaciones.

Los peligros aumentaban su valor.

La idea de ejecutar actos heroicos le entusiasmaba.

Por otra parte, tenia fe, y no dudaba, que siendo su principal propósito derramar la luz del Evangelio sobre aquellas hordas de hombres sin religion, triunfaria más con la palabra y con sus actos políticos, que con la fuerza y con las armas.

Las embarcaciones penetraron por el rio á que Grijalva habia dado su nombre, y tuvieron que colocarse unas detrás de otras, por las dificultades de la navegacion.

Hernan Cortés reunió en su carabela á los capitanes y aprovechó aquella ocasion para darles cuenta de las noticias que le habia comunicado Aguilar, aconsejándoles la mayor energía para obtener el triunfo.

—Mi opinion es, dijo, que no debemos detenernos ni á nego-

ciar, ni mucho ménos á luchar con los habitantes de las provincias que nos separan del sitio donde tiene su asiento el gran imperio de Moctezuma.

Un golpe en la cabeza ó en el corazon, paraliza todos los miembros.

Hé aquí por qué debemos guardar todas nuestras fuerzas para ese golpe.

Apoderarnos de ese soberano, infundiendo pavor á sus vasallos, dominándolos, esclavizándolos, hé aquí cómo se centuplicarán nuestras fuerzas. Con este golpe de audacia realizaremos la conquista.

Aunque todos los capitanes aplaudieron esta determinacion, conveniales detenerse algun tiempo en Tabasco, más que nada para satisfacer la codicia de los soldados, que habiendo oido á los que acompañaban á Grijalva que en aquella provincia se encontraban grandes cantidades de oro, querian recorrer el país y apoderarse de aquel rico metal.

No todos los navíos de la escuadra pudieron continuar la marcha.

Los de mayor calado se detuvieron atracados á la orilla, y y en los demas, y en los esquifes de los que se quedaban atrás, avanzaron á las órdenes de su jefe todos los soldados, hasta llegar á un punto en el que se aparecian ante su vista multitud de canoas llenas de indios en actitud amenazadora.

Su aspecto les detuvo.

Al poco tiempo vieron en las dos orillas del rio nuevos indios, que armados de flechas parecian querer acometer á los que se acercaban, y prorumpian en gritos salvajes, atronando el espacio.

Ofrecian la batalla, y era de todo punto imposible rechazarla.

Hernan Cortés dispuso que se concentraran sus fuerzas, y dió orden para que ninguno de sus soldados hiciese el menor uso de sus armas.

—Aguilar, dijo al cautivo, vais á adelantaros en un esquife con doce hombres valientes para enteraros de lo que significan esas voces, esa actitud con que nos reciben los indios, y para demostrarles que no queremos luchar con ellos, que nuestro objeto es visitarlos y pactar amistad con sus jefes.

—Sé que es inútil cuanto me pedís; pero debo obedeceros, y os obedezco con gusto.

Once soldados, Aguilar y el capitán Francisco de Montejo, se adelantaron en una canoa hasta el paraje en donde estaban los primeros indios.

Las carabelas y las lanchas se detuvieron.

Los emisarios de Hernan Cortés no tardaron en volver.

—No me habia equivocado, dijo Aguilar á su jefe. El número de indios que aguarda á la orilla nuestra llegada para caer sobre nosotros es inmenso. Parece que han venido de todas las montañas, que de todas las provincias se han reunido como si esperasen nuestra invasion. Cuantas protestas he hecho en nombre de la paz, han sido oídas con desprecio. Están resueltos á no dejarnos avanzar, y si volvemos los que hemos ido en nombre vuestro, es porque me han reconocido algunos y no han dudado de mí.

—Pues yo no me vuelvo atrás, exclamó Hernan Cortés.

—Os seguiremos todos, dijeron los capitanes y soldados.

El entusiasmo fué grande.

—Ved, dijo Aguilar, que hay millares de indios con flechas aceradas; ved que están en la orilla, que nos dominan, y una lluvia de flechas va á caer sobre nosotros y nos va á aniquilar.

—Sea lo que Dios quiera, dijo el caudillo; es tarde ya, la noche se echa encima; detengámonos aquí para prepararnos al combate mañana.

—Mañana será nuestro último dia, dijo Aguilar.

—Más vale perecer que volver la espalda al peligro.

Está frase entusiasmó á los soldados de Hernan Cortés.

Mientras todos se aprestaron á combatir como fieras al dia siguiente, el caudillo, por la primera vez de su vida, sintió una emocion, que si no era en él miedo, era la pena del que ve próximo á perder para siempre lo que no ha podido alcanzar.

En medio de la noche, rodeado de un inminente peligro, en vísperas de su muerte tal vez, pensó Cortés en su pasado, pensó en su origen, en sus padres, en su esposa, en su hijo, y sintió que las fuerzas le abandonaban.

Deseando dominarse, alzó los ojos, y vió à su lado á Francisco Montejo.

Acercándose á el y cogiéndole su mano:

—No digais á nadie, exclamó, que me habeis visto llorar.

—Yo comprendo vuestras lágrimas, dijo Montejo, y las respeto.

—¿Cuáles eran las ideas que cruzaban por la mente del soldado?

Creemos que ha llegado la ocasion, ántes de asistir con él al primer combate, al primer peligro, de dirigir una mirada retrospectiva; y en breves líneas, á grandes rasgos, trazar la historia íntima de los primeros años de Hernan Cortés.